

Resonancias del terruño.Por Ramón M. Quesada.**Últimos días de Cartago***Continuación*

## XIII

En otra parte de estos apuntamientos tuve el gusto de referirme al Comandante de Plaza don Macario López, y de elogiar con justicia su comportamiento de Jefe, durante la noche del 4 de mayo y días siguientes. Veamos ahora los datos que el estimado Coronel se ha servido suministrarme por escrito y que á la letra dicen:

—“El día de la catástrofe me encontraba en la Secretaría de la Comandancia de Plaza en unión de los señores oficiales don César Calderón y don José Escalante. Sorprendidos por el gran sacudimiento, quedamos á merced del mismo hasta que calmó. Luego pasé al cuerpo de guardia para atender á la puerta del cuartel, y ver si el centinela que la guardaba estaba en su puesto; con la mayor satisfacción ví que dicho centinela, llamado *Marcos Quesada* estaba teniendo la puerta, resignado á morir antes que abandonarla sin orden de su Jefe. Dió gran trabajo abrirla para dar salida á los empleados de guarnición y policía, que permanecían adentro.

El oficial que hacía ese día el servicio de Prevención era el Teniente don Carlos Cubero, quien estaba adentro con la guardia; y el cabo Juan Vicente Castillo afuera, con el centinela Ramón Orozco, á quien una parte de la visera de la portada que cayó en ese momento, le arrebató el rifle del hombro sin causarle ningún daño.

Al cabo Juan V. Castillo lo alcanzó la armadura de madera del reloj público que se desprendió un momento después, dañándole las piernas y los pies.

Hay una circunstancia digna de tomarse en cuenta y es la siguiente: las grandes moles que constituían la cornisa de la portada del Cuartel y que le servían de asiento al frontispicio del reloj, no cayeron sino un minuto ó dos después de la primera sacudida; y si se hubiese querido aprovechar ese momento, para que salie-

ran los empleados, habríamos tenido que lamentar la pérdida de muchos.

Habiendo salido todos sin novedad, gracias á que el edificio resistió admirablemente, establecí servicio de campaña en la plazuela del Cuartel; y envié la policía á prestar auxilio á los damnificados.

Llegó el día 5 y ¡qué dolor! comenzaron á depositar en la plazuela, frente á nuestro campamento, las víctimas del siniestro. Como no me es posible describir sucintamente todos los acontecimientos de aquel tremendo día, me conformaré con pintarle un solo cuadro, recogido en medio de aquella confusión.

En la sabaneta yacía el cadáver de don Ignacio Rivera, y á su lado el de una hija suya, cuando se presentó un joven casi desconocido, que era su hijo Antonio conduciendo el cadáver de un niño, y habiéndole preguntado yo que de quien era dicha criatura y cómo se llamaba, contestó: que era el cuerpo de una hermanita suya. Se puede ver cómo estaría aquél joven de atolondrado: el niño que traía era Carlitos, hijo de José María Caamaño.

Cartago, 25 de noviembre de 1910.

MACARIO LÓPEZ”

La conducta del centinela Marcos Quesada, vecino de Los Angeles, á que se refiere el anterior relato, lo mismo que lo del policial Juan Rafael Brenes, que en la noche del terremoto llevaba el número 194, y que fué el salvador de la señora Angélica Blanco v. de Z. del señor Adolfo Rojas, y quizás de algunas otras personas, son un testimonio elocuente de la disciplina observada en el Cuartel de Cartago, y del temple de alma de nuestro pueblo cuando se trata de cumplir con un deber. No dudo que haya habido muchos otros casos análogos á los citados, pero hasta ahora no ha comenzado á descorrerse el velo que los mantiene ocultos. Creo de

justicia, y así lo estiman multitud de personas, que se conceda un ascenso á los valientes y leales servidores de la Patria, de quienes se ha hecho mención.

Habiendo sabido yo que en la Residencia de los Padres Capuchinos habían ocurrido percances serios, como el de Fray Agustín de Artesa, á quien estando en la sala de lectura, se le vino encima una estantería con libros, que lo habría muerto, si él no hubiese tenido la momentánea y salvadora ocurrencia de meterse debajo de la mesa, como el de Fray Gregorio de Casserras, bastante lesionado en la cabeza por los ladrillos que le cayeron de una pared del interior; como el del hermano Iluminado de Bañolas que quedó herido y aterrado en la cocina; ó como el del Hermano Ramón de Zagarramurre, que tuvo el arrojado de meterse entre las ruinas, cuando la tierra seguía aún estremeciéndose con violencia á levantar el sagrario que se había volcado y á sacar algunas alfombras con que formar una tienda en los jardines del Convento; habiendo como digo averiguado todos estos sucesos, y además conocida la actitud cristiana y heroica del Superior y de Fray Rosendo de Barcelona, quienes salieron á la calle, este último por sobre la verja del patio, sin preocuparse del derrumbamiento de la torre izquierda de donde acaba de caer al suelo una gran campana de varios quintales de peso, que se clavó en el suelo y no se quebró, y todo únicamente por ir á socorrer heridos, á absolver moribundos, y á prodigar los únicos consuelos que se podían ofrecer en tan angustiada noche, me dirigí al referido Superior, en solicitud de datos más completos. En contestación recibí la siguiente y muy atenta carta:

“Señor don Ramón M. Quesada. Muy

señor mío y de mi aprecio: desde los días inmediatos á la terrible catástrofe que sobrevino sobre esta ciudad, y de que fuimos testigos presenciales, pensé publicar mis impresiones sobre tan espantoso acontecimiento, pues debido á nuestro sagrado ministerio, no sólo podría hablar como los demás, de lo que fué para nosotros, ó sea lo que nos tocó personalmente, sino lo que presencié en los demás.

Pero nunca me he sentido con fuerzas para tal empresa, pues cuantas veces he intentado ordenar mis ideas y trazar sobre el papel las impresiones de terror, de angustia, de compasión, de ternura etc., etc. y luego de inmensa gratitud á Dios Nuestro Señor, he tenido que desistir de la empresa, porque entonces (y ahora también) se me estremece el cuerpo, la mente se nubla y las lágrimas oscurecen mis ojos.

Perdone, pues, que no pueda complacerlo, á pesar de mi buen deseo. Créame que tengo que hacer un esfuerzo no pocas veces para distraer la imaginación de aquella noche infausta. Y repetiré lo que he expresado muchas veces: *gracias á Dios que además de librarnos de la muerte nos ha preservado de la locura.*

Con esta oportunidad se ofrece de U atento s. s. en Xto. Fr. Agustín.”

Esta ingenua y sencilla carta, si no agrega nuevos detalles á los ya conocidos tiene en cambio, para cuantos la lean, un valor psicológico muy notable: reflejar con absoluta fidelidad el estado de ánimo del autor, después del horrendo suceso, que es el mismo estado de intranquilidad y abatimiento, en que quedamos sumidos por más ó menos tiempo, cuantas presenciámos la agonía de la urbe de las rosas de Castilla y de los olorosos membrillos.